

Los aportes de Immanuel Wallerstein a las discusiones historiológicas.

Andrés Bresciano

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad de la República (Uruguay)

Resumen

El sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein, creador del enfoque de los sistemas mundiales, en distintas instancias del desarrollo de su trayectoria académica reflexionó detenidamente sobre la contribución del análisis histórico a la comprensión del funcionamiento de los grupos humanos y de las sociedades. Esas reflexiones, dispersas en diversos textos, se sistematizan en el presente artículo, organizándolas a partir de los tópicos fundamentales que interesan a la historiología¹ como especialización disciplinaria. Temas tales como la función de la teoría en la investigación histórica, el objeto del saber histórico, las fuentes en que se basa el historiador, la objetividad y la subjetividad en la producción de conocimiento histórico, los significados de la verdad histórica y la especificidad del discurso historiográfico motivan en la obra de ese autor extensas consideraciones de carácter epistemológico que ameritan una valoración crítica.

Palabras clave: Wallerstein – epistemología – teoría – conocimiento histórico

Abstract

The American sociologist Immanuel Wallerstein, father of the world systems approach, in different instances of the development of his academic career, reflected carefully on the contribution of historical analysis to the understanding of the functioning of human groups and societies. These reflections, dispersed in various texts, are systematized in this article, organizing them from the fundamental topics that interest historiology as a disciplinary specialization. Topics such as the role of theory in historical research, the object of historical knowledge, the sources on which the historian draws, objectivity and subjectivity in the production of historical knowledge, the meanings of historical truth, and the specificity of historical knowledge and historiographical discourse motivate in the work of this author extensive considerations of an epistemological nature that deserve a critical assessment.

1 Historiología, término acuñado por José Ortega y Gasset, refiere al estudio de los fundamentos teóricos y metodológicos de la ciencia histórica.

Keywords: Wallerstein – epistemology – theory – historical knowledge

1. Introducción

Immanuel Wallerstein (1930-2019), destacada figura de la sociología histórica, creador del enfoque de los sistemas mundiales, fundador y director del Centro Fernand Braudel de la Universidad de Binghamton, desarrolló, a lo largo de cinco décadas de intenso trabajo, una voluminosa producción intelectual que resulta difícil de clasificar. Estudios africanistas, investigaciones sociológico-históricas sobre el moderno sistema mundial, ensayos teórico-metodológicos sobre las ciencias sociales y comentarios de actualidad política desde una perspectiva académica, constituyen las expresiones de una extensa obra que ha sido traducida a decenas de lenguas. Entre tan variados aportes, se destaca un conjunto de consideraciones de carácter epistemológico que, directa o indirectamente, resultan significativas para las discusiones actuales sobre la especificidad del conocimiento histórico.

Por tal razón, el presente artículo tiene como propósito la consecución de tres objetivos, estrechamente vinculados entre sí. El primero consiste en sistematizar las reflexiones de Wallerstein sobre la historicidad como componente fundamental del abordaje científico de cualquier realidad social, ya que no hay un único texto que reúna esas reflexiones, sino que se hallan dispersas en varios trabajos. El segundo objetivo plantea la tarea de organizar esas contribuciones teóricas a partir de un ordenamiento temático que involucra a los tópicos fundamentales de la discusión historiográfica: la función de la teoría en la investigación histórica, el objeto del saber histórico, las fuentes en que se basa el historiador, la intersubjetividad en la producción de conocimiento histórico, los significados de la verdad histórica y la especificidad del discurso historiográfico. El tercer y último objetivo radica en exponer críticamente los aportes referidos, en el marco de los debates actuales sobre los fundamentos epistémicos de la ciencia histórica.

2. La reflexión historiográfica y sus modelos epistémicos

La discusión sobre la naturaleza del conocimiento sobre los hechos del pasado estaba presente, en forma embrionaria, en las obras de los grandes historiadores de la Antigüedad clásica y la Edad Media. En el transcurso del Renacimiento, el análisis de la disciplina histórica generó un discurso propio (el historiográfico) que comenzó a plasmarse en textos que teorizaban sobre los estudios históricos como objeto de indagatoria. A partir de entonces, se multiplicaron los tratados sobre la historia como saber, interesados sus autores en determinar cómo se investiga el pasado a partir de la crítica de fuentes y qué clase de utilidad brinda el conocimiento que se obtiene. (Woolf, 2019). En el siglo XIX, se formuló el proyecto de transformar a la historia en una ciencia. La expresión ciencia histórica (que surgió por primera vez en la lengua alemana) se difundió ampliamente, aunque la forma en que se la definía presentaba variantes significativas. De hecho,

en los últimos doscientos años se han desarrollado distintos modelos epistémicos que proclaman la cientificidad de la disciplina basándose en concepciones contrapuestas. Nacidos de la reflexión de historiadores, filósofos, sociólogos, teóricos de la literatura y del lenguaje e intelectuales que no pueden encasillarse en ninguna disciplina, esos modelos difieren en temas sustanciales tales como la definición del objeto de estudio de la disciplina, las formas en que se produce y legitima el conocimiento histórico y las características del discurso historiográfico. Algunos ofrecen una visión sistemática de las cuestiones historiológicas, como el historicismo, el positivismo, el materialismo histórico, el estructuralismo y el posestructuralismo. Otros, se centran en algunos aspectos específicos, como el neokantismo (que introduce en la discusión historiológica la contraposición entre las ciencias nomotéticas y las idiográficas), el neohegelianismo (que plantea el tema del presentismo), el positivismo lógico (que debate sobre la posibilidad de que la historia sea una disciplina nomológica) y las diferentes corrientes del narrativismo (que se interesan por la gravitación del discurso en la forma en que se estructura y organizan las explicaciones históricas). Un estudio general del desarrollo de los modelos historiológicos se encuentra en obras clásicas como las de Jerzy Topolski (1976), Ciro Cardoso (1997) y Josep Fontana (2002), mientras que un análisis más minucioso se halla en obras más recientes como las de Francisco Rüdiger (2012) y de José D'Assunção Barros (2011-2014).

A estos aportes que historian y caracterizan a los modelos historiológicos se suma una propuesta de clasificación de todos ellos formulada por Alun Munslow (2011). Este autor distingue tres clases de modelos epistémicos. La primera, a la que denomina reconstruccionista, se basa en la idea de que los historiadores reconstruyen un pasado que existe objetivamente, y lo hacen a través del análisis riguroso de fuentes que proceden de ese pasado que se desea comprender. A partir del estudio de las fuentes surgen no solo los hechos, sino los temas y problemas a los que debe abocarse el investigador. Ni los problemas del presente, ni los posicionamientos ideológicos del historiador inciden en esa tarea. El discurso historiográfico constituye una narración objetiva que refleja fielmente lo acontecido. La segunda modalidad recibe el nombre de construccionista y afirma que el historiador no reconstruye el pasado, sino que construye conocimiento sobre él. Lo hace a partir de temas y problemas que resultan significativos en su presente, y que orientan investigaciones destinadas a encontrar respuestas en el estudio del pasado. Por lo tanto, la indagatoria no nace de la consulta de las fuentes, sino que las fuentes se consultan para demostrar hipótesis explicativas planteadas desde un modelo teórico específico. El discurso historiográfico no supone, entonces, la reconstrucción fiel de los hechos del pasado, sino el análisis de realidades pasadas conceptualizadas a partir de categorías científico-sociales del presente. La tercera modalidad, la deconstruccionista, afirma que los hechos del pasado se explican y adquieren sentido a partir de las categorías mediante las que se las conceptualiza. El historiador no accede a los hechos del pasado sino a las representaciones producidas con relación a ese pasado por los autores de las fuentes que lo testimonian y por otros historiadores que lo anteceden. Esas representa-

ciones tienen su propia historia e historizarlas es una de las tareas fundamentales del deconstruccionismo. El discurso historiográfico se convierte, entonces, en un texto que ni representa los hechos del pasado ni genera conocimiento objetivo con relación a él, sino que lo desenzalza.

Esta clasificación ha generado fecundas controversias que motivaron la elaboración de otras propuestas que la profundizan, las rectifican o la transforman. Aún así, brinda una categorización útil para conceptualizar los aportes de Wallerstein a la reflexión historiológica. En tal sentido, es posible afirmar, a modo de hipótesis de trabajo, que los aportes de este autor a las discusiones epistémico-históricas responden a un modelo construccionista que se posiciona críticamente ante los modelos reconstruccionistas y que, al mismo tiempo, adopta algunas prácticas deconstruccionistas. Su modelo se construye, entonces, como una explicación socialmente significativa y útil del pasado, desde un presente problemático, recurriendo a la deconstrucción de ciertas categorías que impiden comprender la realidad histórica.

3. El enfoque de los sistemas mundiales y la disciplina histórica

Según Wallerstein, la vida humana en sociedad acontece dentro de un todo contextual, en el que las trayectorias de sus componentes (individuos, si se trata de un minisistema, o grupos, instituciones, países o regiones, si consiste en un macrosistema), se explican por las relaciones de interdependencia que mantiene con los restantes. Por tanto, las características y las funciones que presentan estos componentes no pueden explicarse en forma autónoma, sino de un modo relacional (Wallerstein, 1974, 1982).

Cada sistema responde a un proceso primario que lo dinamiza: la maximización de la producción como resultado de la presión demográfica, en las comunidades ágrafas, la acumulación de tributos y de territorios, en los primeros imperios, y la acumulación capitalista, en la economía moderna. Ese proceso primario genera formas organizativas (estructuras) que tienden a perpetuarse, y que con el transcurso del tiempo condicionan y limitan los cauces de acción, tanto de los agentes individuales como colectivos. En general, tales estructuras se expresan en una organización desigual del trabajo: en los minisistemas originan una división en clases sociales, mientras que en los macrosistemas provocan una división en centros y periferias. Las estructuras, lejos de ser inmutables, surgen, se transforman y desaparecen, como resultado del proceso primario que impulsa la expansión del sistema, ya que, al hacerlo, desata contradicciones que en el largo plazo pueden provocar su colapso (Wallerstein, 1991b). Las formas de organización de cada sistema no pueden, entonces, comprenderse separadamente. Por tal motivo, este enfoque considera inapropiada la división de las ciencias sociales en seis disciplinas básicas (ciencia política, economía, sociología, antropología, historia y geografía) ya que fragmentan la unidad esencial de la vida colectiva, al distinguir seis dimensiones que no existen en forma separada: la política, la econó-

mica, la social, la cultural, la temporal y la espacial. Wallerstein sostiene que esa desagregación disciplinaria constituye un obstáculo para la comprensión del mundo actual (Wallerstein, 1992 y 1996a). Su planteo radicaliza el llamado de Fernand Braudel a la convergencia disciplinaria y a la práctica de la interciencia (Wallerstein, 2001), ya que propone una reconstrucción del saber científico-social basado en cuatro principios: (i) globalidad (la unidad de análisis fundamental debe ser el sistema mundial y no los Estados, los mercados o las sociedades); (ii) historicidad (el sistema debe ser comprendido a partir de sus ciclos y tendencias para que se torne inteligible); (iii) unidisciplinaridad (la ciencia social es una, porque el sistema es uno); (iv) holismo (la división entre ciencias basadas en “conocimiento nomológico” y ciencias basadas en el “conocimiento ideográfico”, carece de fundamento, y debe superarse a partir de un enfoque común que considere a toda realidad como un sistema temporal (Wallerstein, 1997b y 1999). Resulta claro de los enunciados anteriores que el enfoque de los sistemas mundiales responde a un modelo construccionista. En las siguientes secciones se demostrará cómo ese modelo se posiciona críticamente ante las corrientes reconstruccionistas y de qué manera utiliza, para ello, herramientas deconstruccionistas.

3. La función de la teoría en los estudios históricos

Wallerstein sostiene que el estudio de las sociedades en dimensión diacrónica parte de lo que él denomina un mito organizativo. Se trata de un mito –en sentido figurado y no literal– porque consiste en un relato que no puede demostrarse. No significa que sea fruto de la invención, por el contrario, se inspira en un cúmulo de investigaciones sistemáticas que intenta otorgarle un sentido a la totalidad de la experiencia histórica, descubriendo en ella procesos cíclicos y tendencias de larga duración. Sin embargo, por la generalidad de las explicaciones que brinda, no puede comprobarse ni disconfirmarse mediante la evidencia empírica. Si por su carácter genérico, el mito organizativo no se formula en términos que permitan corroborarlo, las explicaciones específicas que brinda para dar cuenta de hechos observables resultan pasibles de contrastación. De este modo, dentro de un conjunto de mitos organizativos posibles, aquel que tiene el mayor potencial hermenéutico tiende a prevalecer sobre los restantes. Ello se debe a su eficacia explicativa, que puede definirse como la capacidad de generar afirmaciones empíricamente verificables que diluciden las interrogantes fundamentales de una disciplina, partiendo de un número reducido de supuestos. El potencial también se manifiesta en la sistematicidad, coherencia y congruencia de las explicaciones, y en la capacidad de dilucidar exitosamente las preguntas que otros mitos fracasan en responder. (Wallerstein, 1991b).

Si bien la utilización del término mito en este contexto puede resultar confusa (la expresión más apropiada sería modelo teórico disciplinar), no cabe duda de que Wallerstein se aparta totalmente de los supuestos epistemológicos del positivismo, así como del falsacionismo popperiano,

y se aproxima a las concepciones construccionistas del conocimiento científico.

Con relación al positivismo y la historiografía erudita-documental, el autor reconoce su aporte incuestionable a las prácticas científicas, basado en la preocupación por la contrastación sistemática de los enunciados explicativos con las pruebas que las fuentes aportan, así como el rigor en la búsqueda, identificación y análisis de sus contenidos. También valora el esfuerzo de esa historiografía por desprenderse de una reflexión especulativa (como la filosófico-histórica) que pretendía sustituir la labor de investigación. Sin embargo, sostiene que los investigadores del siglo XIX y de las primeras décadas del XX partieron de mitos organizativos implícitos, a pesar de sus pretensiones de remitirse con objetividad a las fuentes y proceder en forma inductiva a partir de la información que ellas aportan (Wallerstein, 1991b).

En contraposición a los modelos reconstruccionistas, Wallerstein afirma que los mitos organizativos no sólo se hallan presentes en las prácticas historiográficas (y en cualquier práctica científico-social en general) sino que constituyen componentes irreductibles del esfuerzo por explicar a las sociedades en dimensión diacrónica. Al respecto, reconoce dos formas diferentes de verdad. La primera es la verdad que atañe a la información que aportan las fuentes sobre el pasado y su exactitud con relación a los eventos que refieren. La segunda verdad no refiere a lo sucedido, sino a los enunciados que lo interpretan y le otorgan sentido (Wallerstein, 1991b). Según el autor, la historiografía tradicional centraba sus discusiones en el primer nivel de verdad, mientras que relegaba por completo el segundo. Es decir, los historiadores discutían sobre la validez de los procedimientos que permitían verificar una hipótesis cualquiera, pero no reflexionaban sobre la validez del modelo teórico, explícito o implícito, que daba origen a las hipótesis planteadas. (Wallerstein, 1991b). A pesar de ello, Wallerstein nunca contrapone esos niveles de verdad, es decir, el que refiere a la tarea de establecer los hechos a partir de fuentes confiables, y el que se relaciona con la labor de organizar esos hechos en un relato interpretativo. Por el contrario, en plena afinidad con el construccionismo, sostiene que ambos niveles constituyen una disección analítica de un único proceso, ya que los principios que orientan cada modelo teórico son los que determinan qué clase de hechos resultan significativos, qué clase de fuentes se precisa para estudiarlos, qué clase de procedimientos son necesarios para extraer de ellas la información útil, etc. De esta manera, los supuestos teóricos que operan en el marco hermenéutico condicionan las opciones metodológicas que se aplican en la labor heurística.

Se plantea, entonces, el problema sustancial de establecer criterios que permiten optar por un modelo acertado, toda vez que en un momento determinado en el desarrollo de una disciplina existan varios que compiten entre sí. En este punto, Wallerstein se distancia del falsacionismo popperiano. Según su criterio, no es suficiente con formular hipótesis que se enuncien de modo tal que la evidencia empírica permita verificarlas o disconfirmarlas. De hecho, pueden existir diferentes modelos teóricos que en el contexto de la investigación historiográfica produzcan hipó-

tesis falseables, y aun así persiste el problema de determinar cuál de todos ellos es el verdadero. Las pruebas empíricas, en sí mismas, son el resultado de construcciones teóricas del modelo, ya que este último determina cómo se conceptualizan los fenómenos observables, cómo se obtiene la información necesaria para abordarlos, y cómo se validan las explicaciones que permiten comprenderlos. Por ende, es necesario considerar a los modelos en su conjunto y no solamente por las pruebas que pueden aportar para explicaciones de un fenómeno puntual (Wallerstein, 1991b, capítulo 18).

La “legitimidad” de los modelos derivaría, entonces, de su capacidad para responder a las grandes interrogantes que las comunidades humanas formulan con relación a problemas persistentes que deben afrontar (Wallerstein, 1991b, capítulo 4). En coincidencia manifiesta con el construccionismo, Wallerstein afirma la historicidad de esos modelos teóricos, dado que surgen en un tiempo determinado para responder a nuevas interrogantes que cuestionan a los esquemas interpretativos imperantes. Quienes los proponen no solo deben demostrar las inconsistencias de los viejos esquemas sino probar que los nuevos son más eficaces que sus predecesores para responder a las interrogantes abiertas.

En el ámbito de las ciencias sociales, en el que la experimentación a gran escala no resulta aplicable, la obtención de pruebas definitivas para descartar modelos o para validar uno en particular ofrece notorias dificultades. La tarea no parece sencilla, no sólo por la dificultad para establecer criterios confiables que permitan evaluar los modelos contrapuestos y pronunciarse por uno de ellos, sino por las implicancias del conocimiento científico-social en la tarea de transformar la realidad (Wallerstein, 1991b, capítulo 18).

De estas afirmaciones surge que no sólo la eficacia hermenéutica de un mito organizativo se convierte en un criterio que posibilitaría escoger entre varios modelos, sino la relevancia de las interrogantes que introduce y de las respuestas que obtiene a los problemas que una sociedad considera significativos, en una fase específica de su desarrollo histórico. Al respecto, afirma Wallerstein que las teorías del cambio social que comparten los postulados filosófico-históricos del siglo XIX resultan incapaces de explicar las contradicciones del desarrollo histórico que se manifiestan de manera inequívoca a lo largo del siglo XX. La labor de su vida fue construir una alternativa explicativa a esos modelos, a través del desarrollo del enfoque de los sistemas mundiales.

3. El objeto de los estudios históricos

Profundizando las críticas a la historia acontecimental desarrolladas durante los dos primeros tercios del siglo XX, Wallerstein cuestiona que el acontecimiento (en su definición tradicional) pueda ser objeto inteligible del estudio científico. Sostiene que los cambios que operan en microescalas espaciotemporales rara vez generan transformaciones de relevancia. Sólo los acontecimientos

tecimientos revolucionarios pueden ejercer tal efecto en el corto plazo. Asimismo, niega que estructuras atemporales permitan comprender el cambio histórico, puesto que todas las formas organizativas surgen, se desarrollan y se transforman. En consecuencia, el objeto de los estudios históricos consiste en los cambios recurrentes (es decir, los ciclos) que permiten comprender el funcionamiento de las estructuras de un sistema, y los efectos acumulativos que dichos cambios generan (es decir, las tendencias), puesto que posibilitan la intelección de la dinámica del propio sistema (Wallerstein, 1977, 1996b). Se trata de una concepción restrictiva que, inspirándose en Braudel, radicaliza sus planteos, al punto de desechar al acontecimiento y de minimizar la relevancia de los sujetos históricos. Esta radicalización se expresa en el cuestionamiento a la sustancialidad del acontecimiento histórico, de los actores históricos y de las unidades de análisis tradicionales de la investigación histórica.

3.1. El cuestionamiento a la sustancialidad de acontecimiento histórico tradicional

Wallerstein entiende por acontecimiento toda acción socialmente significativa realizada por cualquier clase de actor histórico. Los acontecimientos se desarrollan en escalas espaciotemporales estrechas, en un lugar específico y en un tiempo que puede oscilar entre unos pocos minutos y varios días. Dado que resultan fácilmente localizables y datables, los historiadores los organizan en secuencias articuladas a partir de parámetros cronológicos, ya que la sucesión de fechas permite un ordenamiento temporal preciso. Según el autor, un seguimiento minucioso de estas secuencias fácticas sólo se logra cuando existen registros confiables sistematizados en repositorios, a los que el investigador accede sin mayor dificultad. En la concepción historiográfica tradicional, los archivos estatales son los que mejor responden a tal caracterización, razón por la cual los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares han sido el objeto predilecto de los historiadores decimonónicos. Sin embargo, el cuestionamiento de Wallerstein no procede solo del carácter selectivo de todo registro y de los condicionamientos a los que responde, sino de las propiedades intrínsecas del acontecimiento en cuanto tal. Desde su perspectiva, los cambios que operan en microescalas espaciotemporales rara vez generan transformaciones sustanciales. En el corto plazo, pueden resultar significativos y monopolizar las primeras planas de la prensa local o internacional, pero en la larga duración, aún aquellos que parecen más relevantes apenas erosionan las formas de organización política, económica, social y cultural de un sistema determinado (Wallerstein, 1991, 1999). Si bien contribuye a deconstruir la idea de evento heredada de la historia acontecimental, esta concepción se apega con tanta firmeza a la tradición braudelianna que niega cualquier abordaje científico posible de los hechos que suceden en la corta duración. Se trata de un planteo que se contrapone, entonces, a todos los esfuerzos realizados en décadas recientes por reivindicar los hechos que discurren en microescalas como un componente impres-

cindible de la investigación histórica.

3.2. El cuestionamiento a la sustancialidad de los sujetos históricos

Si los acontecimientos no son más que polvo que impiden percibir la dinámica social en la larga duración, ¿qué ocurre con individuos y los colectivos que los generan? La respuesta de Wallerstein no es menos contundente: en las escalas espaciotemporales estrechas, presentar a los grupos sociales como sujetos históricos no es más que una ficción. La idea misma de actor social como protagonista de un relato resulta cuestionable, ya que cuando se reducen las escalas de observación, las agrupaciones humanas aparentemente más cohesionadas comienzan a desdibujarse, o por lo menos a problematizarse: se tornan perceptibles las diferencias, las contradicciones, las indefiniciones, las ambigüedades, así como las derivas y contingencias de colectivos que parecían actuar como un solo sujeto.

El autor concluye, entonces, que los actores grupales referidos en ciertas narraciones históricas no son más que ficciones discursivas, toda vez que se tienda a reificarlos y presentarlos como verdaderos “personajes” de un relato. Por tal motivo, la delimitación, definición y caracterización de los grupos históricos se revela como un verdadero desafío científico-social. Según Wallerstein, se los puede caracterizar por intereses y valores compartidos, por objetivos similares, por la existencia de un proyecto común, pero las variaciones de estos componentes en el tiempo dificultan su estudio, más cuando se considera el modo en que los individuos concretos reproducen los rasgos comunes o se apartan, en diferentes formas y circunstancias, de ellos. Se concluye, entonces, que los actores colectivos son construcciones teóricas, nacidas de un análisis reduccionista del comportamiento de individuos que comparten características comunes. No se niega la existencia de comportamientos de carácter recurrente que permitan generalizar, pero las recurrencias deben ser corroboradas empíricamente, caso por caso, y nunca supuestas. Habitualmente, cuando los investigadores estudian a un actor colectivo, suponen que las recurrencias conductuales se mantienen incambiadas en diversos tiempos y contextos, naturalizando categorías tales como burguesía, proletariado, campesinado, etc. El desafío analítico consistiría, entonces, en identificar las más mínimas variaciones que pudieran resultar relevantes, a partir de un sustrato que permanece relativamente estable². Esta aproximación deconstructiva contribuye a historizar a

2 De esta forma, ya no se hablaría de “los capitalistas” en términos abstractos, como si fueran equivalentes los comerciantes venecianos del siglo XV y los accionistas de una empresa transnacional del siglo XXI, ni de burguesía, como si fuera una entidad homogénea y no existieran diferencias significativas entre la burguesía patricia, la burguesía mercantil, la burguesía financiera, la burguesía profesional, la burguesía industrial, etc. En términos mucho más específicos, tampoco podría presentarse como un actor colectivo homogéneo ninguna de las categorías anteriores: no es lo mismo la burguesía industrial alemana que la inglesa, la francesa o la norteamericana. Tampoco resultan equiparables la burguesía industrial alemana de los tiempos de Bismarck y la burguesía industrial de los tiempos de Adenauer. El juego de las diferencias evidencia que se trata de categorías que permiten simplificar o complejizar el análisis de determinados procesos históricos, de acuerdo con la escala espaciotemporal que se adopte. Por otra parte, la identificación de los sujetos colectivos no emerge de la mera observación

los actores históricos, pero llevada a su extremo conduce a una relativización de la noción misma de agente. De hecho, Wallerstein sostiene que cuando el sistema mundo funciona normalmente, actores y estructuras reproducen sus contradicciones sin introducir cambios significativos. Los actores adquieren real protagonismo histórico convirtiéndose en agentes tan solo cuando el sistema entra en crisis y se generan instancias de transformación estructural.

3.3. El cuestionamiento a la sustancialidad de las unidades geohistóricas tradicionales: sociedades, regiones y civilizaciones

Las dificultades a la hora de identificar y definir –en forma rigurosa– a los sujetos históricos colectivos, se multiplican cuando el investigador incluye en sus trabajos referencias a totalidades geohistóricas que parecerían estar más allá de todo cuestionamiento: desde los Estados nacionales contemporáneos a la civilización occidental. Aunque Wallerstein no rechaza la idea de que estas unidades existan como identidades que generan ciertos consensos intersubjetivos, critica todo intento de naturalizarlas y considerarlas desde una perspectiva ahistórica. En su obra *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms* (1991b) ejerce esa tarea de deconstrucción, impensando (*unthinking*) las categorías primordiales de la producción historiográfica reconstruccionista.

Al respecto, realiza las siguientes puntualizaciones:

(i) Toda unidad geopolítica –Estado, región, civilización– debe entenderse no como una esencia sino como un devenir, ya que se encuentra en permanente transformación³.

(ii) Tales unidades no configuran entidades objetivas, sino construcciones históricas que el análisis científico recoge y transforma en objeto de estudio (Wallerstein, 1997a)⁴.

(iii) No deben proyectarse en forma retrospectiva en contextos en los que, estrictamente,

de los hechos. Tanto acontecimientos como actores no son más que construcciones teóricas, cuya validez –según el autor– reposa en la eficacia explicativa de las proposiciones y argumentos que permiten desarrollar.

3 A modo de ejemplo, el término “Estados Unidos” refiere a una realidad geohistórica muy distinta, si se utiliza en el contexto epocal de fines del siglo XVIII, que si se lo emplea a fines del siglo XIX, o fines del siglo XX. No sólo sus límites varían, sino que también lo hacen las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales que lo constituyen

4 Profundizando en este aspecto, Wallerstein aporta un ejemplo por demás ilustrativo, que el autor bien conoce por los estudios desarrollados en la primera fase de su trayectoria académica. Se trata del África, o mejor dicho, de la idea histórica de África. En principio, este vocablo de origen romano fue adoptado por los europeos occidentales para designar a un continente íntegro, del cual buena parte de los pueblos que lo habitaban no tenían conciencia de pertenecer a él hasta la Época Contemporánea. Utilizado por los occidentales para designar, fundamentalmente, a los territorios de población mayoritaria negra colonizados por los europeos, excluía, de una manera implícita, a los territorios de población árabe-bereber. La decisión adoptada durante la primera Conferencia de Estados Africanos Independientes 1958, que establece que el norte de África es parte no solo física sino política y cultural del continente, tiene consecuencias en el presente, pero también las tiene en la conceptualización del pasado .

no existen⁵.

(iv) Las unidades que se perfilan en un período específico no constituyen, necesariamente, la culminación de un proceso evolutivo inexorable⁶. No sólo los hechos del pasado son construcciones historiográficas, sino que las unidades geohistóricas también lo son. Algunas de estas unidades no las construye necesariamente el investigador, sino que las incorpora del discurso de diferentes actores contemporáneos. Sin embargo, aunque algunas categorías surgen de las fuentes históricas, se convierten en una herramienta teórica autónoma cuando se las aplica para organizar los acontecimientos en una línea evolutiva que no emerge, en lo más mínimo, de la mera consideración de las fuentes. Por el contrario, esa línea evolutiva parte de una interpretación implícita que debe ser demostrada y no presentada como una verdad evidente.

(v) Las transformaciones que experimentan las unidades geohistóricas repercuten en la conceptualización de su pasado. Si una unidad se considera –desde la perspectiva teleológica del siglo XIX– como la culminación de un proceso evolutivo inevitable, cuando tal unidad desaparece o se transforma, la interpretación del proceso que supuestamente la genera, resulta sustancialmente alterada. Por ello, todo cambio relevante en la configuración de una unidad geohistórica del presente, modifica, en forma concomitante, la conceptualización de su pasado. Debe señalarse que los cambios que experimentan ciertas unidades geohistóricas del presente, no suponen una alteración del pasado como tal, cosa que sería imposible, sino de la forma en que se lo conceptualiza. La historiografía no consiste, entonces, en una sucesión aleatoria de interpretaciones de procesos históricos a partir de cambios del presente: por el contrario, los cambios contemporáneos permiten percibir desde una perspectiva más amplia tales procesos, ya que la emergencia de nuevos fenómenos (aparentemente inéditos) lleva a que el investigador se interroge con respecto a su génesis y a sus vínculos con el pasado.

(vi) Las estructuras constitutivas de las unidades geopolíticas tradicionales y los procesos que pautan su desarrollo deben ser considerados en su más pura historicidad. De este modo, Wallerstein trata de “impensar” estructuras y procesos que parecen haberse naturalizado al punto tal que no suelen ser objeto frecuente de cuestionamiento o debate, por lo menos hasta el último tercio del siglo pasado. El autor se propone desentrañar la forma en que tales conceptos han sido socialmente construidos⁷.

5 De este modo, no es posible hablar de Italia o de Alemania antes de 1870. Los Estados de la península itálica que existían a comienzo del siglo XIX no son Italia, ni tampoco son Alemania los Estados germanos ni el reino de Prusia.

6 El Imperio alemán que nace en 1870, no constituye la culminación de un proceso que se inicia con el nacimiento de las primeras tribus germánicas, que se continúa con la formación del Sacro Imperio romano-germánico, y que llega a su fin cuando el Reino de Prusia somete o coaliga a los restantes Estados alemanes. Cada una de dichas entidades constituyen unidades diferenciadas, contingentes en su génesis y desarrollo, con trayectorias singulares. Sólo a partir de una lectura nacionalista decimonónica se podría interpretar su sucesión como un proceso teleológico encaminado a un fin trascendente: el nacimiento del Imperio alemán.

7 En uno de esos textos, deconstruye el concepto de sociedad, analizando cómo se origina a fines del siglo XVIII, y cómo

Como se indicó anteriormente, en el desarrollo de su vasta obra, el autor realiza una tarea incesante de deconstrucción de los referentes geohistóricos fundamentales. Más allá de que se compartan los resultados a los que arriba, lo cierto es que la tarea de “impensar” ciertas categorías que propone, se acompaña de una labor de sistematización conceptual que resulta útil para abordar en forma crítica a las unidades más tradicionales del análisis histórico (Wallerstein, 1991b y 1999).

4. Las fuentes del conocimiento histórico

En el campo de la metodología de la investigación, Wallerstein resalta la importancia que tienen las fuentes primarias para el historiador, por lo menos desde el siglo XIX. Se trata de documentos producidos por los protagonistas de los hechos estudiados, por testigos directos de tales hechos, o por sujetos que directa o indirectamente están involucrados en su génesis o desarrollo. Esos registros acontecimentales responden a un propósito inmediato: sus autores no siempre tienen presente que pueden constituir insumos valiosos para los historiadores del futuro. Por ello, su análisis riguroso plantea serios desafíos heurísticos. Ante todo, es preciso conocer con detalle los usos del lenguaje del tiempo preciso en que se producen los documentos, y poder descifrar alusiones contextuales que solo se comprenden a través de una inmersión plena en la cultura de la que el autor del registro forma parte. Sin embargo, existe un desafío mucho mayor que Wallerstein identifica con claridad. Se trata del desafío hermenéutico. Un registro acontecimental no solo brinda referencias sobre el hecho estudiado, sino que también lo interpreta. En realidad, referenciar y explicar constituyen operaciones que no pueden realizarse por separado, ya que se implican mutuamente. En consecuencia, el análisis de una fuente no debe limitarse sólo a la correcta dilucidación de los significados que transmite con relación al tema que se aborda, sino que debe incluir el estudio de la explicación implícita que la fuente construye sobre el hecho. De lo contrario, se corre el riesgo de adoptar la perspectiva del autor de la fuente como marco interpretativo del fenómeno en cuestión. El investigador ingenuo suele incorporar los supuestos teóricos de los creadores de sus fuentes, mientras que el investigador crítico parte de sus propios supuestos y de sus propios términos descriptivos, y a base de unos y de otros identifica, selecciona y decodifica la información contenida en las fuentes. Para el investigador ingenuo, acontecimientos, actores y significados vienen dados por las fuentes, mientras que, para el investigador crítico, se trata de construcciones teóricas que se validan a partir de la evidencia.

Por tal motivo, sostiene Wallerstein que la utilización ingenua de fuentes condiciona notablemente las prácticas historiográficas durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, limitán-
se universaliza en el siglo XIX. Según sus planteos, el concepto de sociedad no alude a ninguna unidad de análisis consistente, sino que sólo existe nominalmente, mientras esté asociado a un Estado-nación específico. Además de “impensar” el concepto de sociedad, Wallerstein hace lo mismo con categorías tales como progreso, desarrollo, globalización, multiculturalismo, eu-rocentrismo, Historia Universal, Revolución Francesa, Revolución Industrial, etc., etc.

dolas en tres aspectos: la clase de eventos que se estudian, el tipo de escalas que se utilizan y las restricciones que se aplican al estudio del pasado reciente. Estas últimas restricciones responden al hecho de que los archivos estatales no permiten consultar materiales relativos a eventos recientes, de acuerdo con lo que se denomina el plazo de embargo de la documentación. A pesar de las limitaciones que le imponen las fuentes archivísticas, el investigador tradicional parte de una premisa epistemológica que permanece incuestionada hasta mediados del siglo XX: los hechos están en la documentación de archivo, esperando que los historiadores los descubran (Wallerstein, 1991b). Al respecto, el autor señala que las fuentes contemporáneas no pueden identificar acontecimientos que sólo resultan relevantes a partir de sus consecuencias o efectos futuros. Sostiene que las fuentes archivísticas constituyen un registro selectivo e intencional de lo que acontece. La selección no nace de la mera consideración de los hechos, sino de una conceptualización que se basa en supuestos ideológicos no siempre explícitos. Esos supuestos condicionan el modo en que los creadores de las fuentes identifican, localizan, datan y otorgan sentido a los hechos.

5. La objetividad y la subjetividad en la producción de conocimiento histórico

Como se constató en una sección previa de este artículo, Wallerstein critica el planteo epistemológico de la historiografía tradicional, según la cual el saber sobre el pasado surge como un conjunto de hipótesis que se originan a partir de la lectura de fuentes, y que se verifican mediante la confrontación sistemática con el registro heurístico. Afirma, por el contrario, que el punto de partida debe ser un modelo teórico –en sus palabras, de una metahistoria– que determina cómo se conceptualizan los fenómenos, cómo se selecciona y procesa la evidencia empírica y cómo se contrastan las hipótesis.

A partir de la diferencia neokantiana entre método ideográfico y nomológico, el autor contrapone la producción de saber académico en la historia, la antropología y los estudios orientales, por una parte, y la sociología, la economía y la ciencia política, por la otra. Según su criterio, las tres primeras disciplinas se corresponden, tradicionalmente, con el campo del saber ideográfico. El mayor desafío que se presentan para estas ciencias lo plantea el problema de la subjetividad, entendida como resultado de la proyección anacrónica o etnocéntrica de los propios valores y criterios en contextos diferentes, y como la interpretación distorsionada de ciertos fenómenos a partir de los intereses particulares que motivan al investigador.

La solución clásica a este doble problema radicaría en un conocimiento minucioso de los contextos, basado en una inmersión en el universo de las fuentes primarias. En el caso concreto de los historiadores, la neutralidad valorativa frente a los fenómenos abordados estaría garantiza-

da por la distancia temporal con respecto al objeto de estudio, que debe corresponder, por lo menos en el contexto de la historiografía tradicional, a un pasado no vivido por el historiador (Wallerstein, 1997b). Para las disciplinas del campo nomológico, la subjetividad no se plantea como la proyección anacrónica o etnocéntrica, o como la distorsión explicativa basada en los intereses particulares, sino que se deriva de la interpretación en sí misma. Los datos que utilizan son reproducibles, en la medida en que los fenómenos analizados son recurrentes. Por ende, la delimitación y explicación de los fenómenos no nacen de criterios subjetivos, ni de interpretaciones siempre variables, sino de una constatación plenamente objetiva: la repetición. Los fenómenos cuantificables, reducibles a relaciones entre variables medibles, constituyen, entonces, los predilectos de estas disciplinas. Las fuentes que permiten abordarlos tienen que ser sistemáticas, regulares y confiables. Cuanto más próximas al presente, más sistemáticas, regulares y confiables se muestran, por la generalización de los registros estadísticos en todos los planos de la vida colectiva. En consecuencia, cuanto más distantes del presente resulten ciertos fenómenos, menor garantía ofrecen para un estudio científico-social (Wallerstein, 1997b).

Estos argumentos comienzan a ser cuestionados a mediados del siglo pasado. La distancia temporal como forma de garantizar la objetividad, o el estudio de fenómenos recurrentes y cuantificables como camino para evitar la interpretación y su carga subjetiva, no constituyen soluciones efectivas al problema planteado. Los intereses particulares (desde las convicciones ideológicas hasta los compromisos políticos más inmediatos) pueden incidir tanto en el estudio de eventos recientes como remotos. Por otra parte, la identificación y la delimitación de fenómenos recurrentes constituye una interpretación en sí misma, una construcción de sentido imposible de evitar. El modelo clásico parte, en ambos casos, de una visión ingenua del proceso de producción de conocimiento científico, basada en un objetivismo radical. No se tiene presente que el sujeto construye los objetos estudiados, así como las interpretaciones que elabora con relación a ellos, pero que no lo hace en forma arbitraria, como tampoco opera en forma arbitraria cuando presenta las pruebas que demuestran sus aseveraciones.

Por lo expuesto, concluye Wallerstein que la objetividad es una función de la totalidad del sistema (Wallerstein, 1974). El sistema en su conjunto, y en particular sus estratos dominantes, suelen gravitar en la decisión de qué temas y problemas se estudian. No lo hacen de manera directa, de modo que pudiera transparentarse su incidencia, sino en forma velada, promoviendo y otorgando financiación a quienes indagan los tópicos de su interés, y desalentando a quienes se apartan de ellos, o a quienes plantean cuestionamientos que perjudican su posicionamiento hegemónico. El sistema mundial, en su estado actual, no favorece equitativamente las investigaciones de individuos procedentes de todos sus grupos y regiones, sino que en este plano reproduce las asimetrías que lo caracterizan (Wallerstein, 1974).

Otro tema vinculado con la objetividad es el de la parcialidad del investigador. Si los análisis

anacrónicos y etnocéntricos surgen, en buena medida, de lecturas simplificadoras y acríticas de las fuentes utilizadas, la parcialidad nace de una manipulación consciente de datos y resultados para demostrar lo que de antemano se sabe que no es cierto. Se trata, en este caso, de deshonestidad académica. El problema mayor no radica en esta manipulación consciente, sino en la visión del objetivismo ingenuo que considera que el conocimiento surge por un mero proceso inductivo, y la teoría se desarrolla por sucesivas generalizaciones basadas en la observación. En ese caso, no se percibe que en todo acto de investigación se parte de supuestos teóricos, aunque sean implícitos, y que estos suelen vincularse con los problemas y los desafíos más acuciantes que en el presente enfrenta el investigador (Wallerstein, 1974).

6. Los enunciados del conocimiento histórico: el problema de la verdad

Crucial para cualquier discusión epistemológica sobre el conocimiento histórico, este tema es trabajado por Wallerstein desde una perspectiva que problematiza la misma noción de verdad. Para ello, propone una clasificación que distingue tres modalidades claramente diferenciadas:

(i) La verdad acontecimental. Se obtiene mediante procedimientos técnico-metodológicos, fruto de consensos intersubjetivos. Se corresponde con el ideal decimonónico de contar la historia tal como sucedió. Se trata de un avance sustancial en el intento de aproximarse al pasado desde una perspectiva científica, pero se demuestra insuficiente, ya que, desde la óptica de Wallerstein (que reproduce y radicaliza la de Braudel) los acontecimientos impiden ver las realidades históricas sustanciales.

(ii) La verdad vivencial. Consiste en la identificación de los múltiples significados que los sujetos les otorgan a los hechos. Estas interpretaciones, a pesar de que expresan vivencias subjetivas, se pueden determinar objetivamente, ya que se registran en un número limitado de documentos, pasibles de un análisis heurístico que las localice y exponga. Mediante este procedimiento, se arriba a una verdad dialógica que reconoce la autenticidad fáctica de ciertas afirmaciones con respecto a hechos del pasado, y al mismo tiempo la autenticidad vivencial de las experiencias diversas, dispares y contradictorias que tuvieron los protagonistas o partícipes de tales hechos.

(iii) La verdad interpretativa. Se relaciona con la interpretación del significado de lo acontecido, que no emana de la determinación de los hechos, ni del sentido inmediato que le otorgan los sujetos, sino de las respuestas que aportan a las interrogantes que se plantea el historiador, en su intento de comprender el presente a partir del pasado. Siguiendo a Croce, afirma Wallerstein que el pasado no puede narrarse verdaderamente como lo que fue, sino como lo que es para el presente. Evocar un pasado supone actualizarlo y constituye un acto social del presente, motivado por la realidad presente. En este sentido, las verdades interpretativas cambian, porque las preguntas que se formulan a determinados pasados varían. Sin embargo, esto no supone caer

en el relativismo. Sostiene Wallerstein que si bien el interés por determinado pasado nace del presente (y también del presente nacen las preguntas que se plantea), las respuestas que se obtienen proceden de referencias documentales que provienen objetivamente del pasado, y que se procesan a partir de métodos y técnicas estandarizados a lo largo de décadas de práctica por la propia disciplina (Wallerstein, 1974, 1997b).

7. Los relatos sobre el pasado y la especificidad del discurso historiográfico

Wallerstein se interesa por los relatos sobre el pasado y su vínculo con el discurso historiográfico. Identifica, en primer término, los relatos ficticios, en particular, las novelas históricas, que refieren personajes y eventos reales en secuencias imaginarias. Aunque las situaciones que narran nunca acontecieron, esas novelas describen (en algunos casos con verdadera maestría) un contexto histórico empíricamente verificable. También menciona al drama documental, obra que ofrece una simulación escénica de personajes, eventos y contextos reales. El drama no recurre a un texto narrativo para representar el pasado, sino a una teatralización que pretende reconstruir lo acontecido con cierta fidelidad. En estas dos variantes, novela histórica y drama documental, la ficción se encuentra presente junto a un propósito artístico o didáctico que condiciona la representación del pasado. En ambas expresiones, se incorpora en forma distinta un componente imaginativo que rechazaría cualquier historiador tradicional, orientado a la tarea de describir los eventos del modo en que sucedieron. Wallerstein se pregunta si, a pesar de ello, se puede concluir que ninguna de esas variantes aporta conocimiento acerca de la realidad histórico-social, o que ninguna de ellas presenta verdades significativas con respecto al pasado.

La segunda modalidad que el autor destaca consiste en el texto propagandístico. A diferencia de los relatos ficticios, un folleto proselitista no inventa hechos, ni tramas. Sin embargo, contiene afirmaciones que magnifican o minimizan intencionalmente ciertos hechos, o determinadas relaciones entre hechos, con el propósito de convencer al lector de la veracidad de lo que enuncia. Se trata de un mensaje articulado en torno a una interpretación global de la realidad que trasciende a los eventos referidos. Estos últimos sólo se utilizan para poner de manifiesto la validez de la interpretación en sí misma, y la magnificación o minimización de lo acontecido constituye un acto pragmático que se ejerce conscientemente y sin mayores cuestionamientos. No se inventan los hechos, pero se los presenta de modo tal que respaldan una interpretación preestablecida e incuestionable. Los enunciados que cumplen esta función no son ficticios, pero tampoco son directamente verificables.

La tercera modalidad que Wallerstein refiere es la del texto de análisis periodístico. En este último, los eventos referidos son reales y la trama expositiva no responde –al menos conscien-

temente— al fin pragmático de validar una interpretación apriorística asociada con una posición doctrinal o ideológica. Sin embargo, dado que el texto se limita a acontecimientos puntuales y debe redactarse en un tiempo acotado, carece de la información necesaria y de la perspectiva histórica suficiente para generar una explicación que trascienda al hecho y lo contextualice dentro de procesos y estructuras que posibiliten una comprensión cabal.

Finalmente, el autor presenta al texto historiográfico propiamente dicho. En él, la investigación científico-social sobre el pasado genera una clase de discurso que tiene reglas de validación diferentes a las modalidades anteriores. En las obras historiográficas tradicionales del siglo XIX, el análisis de las fuentes y la verificación de los hechos cumplen un papel fundamental. En las obras historiográficas renovadoras del siglo XX, un marco teórico explícito define qué temas pueden constituirse en objeto de estudio, qué clases de respuestas se espera obtener como resultado de la indagatoria, cómo se comprueban esas respuestas y cómo se exponen los resultados obtenidos. En la estructuración del discurso historiográfico también desempeña un papel importante la doble perspectiva que brinda el presente y las expectativas de futuro. Cuando se analizan situaciones históricas previas a la presente, se lo hace con el propósito de dar un sentido al propio presente, o de responder a los problemas que plantea. Asimismo, si se analiza el presente en perspectiva histórica, también intervienen las expectativas de futuro. Ello se debe toda evento actual no es más que un punto en una trayectoria temporal que se proyecta, por su propia inercia, hacia el porvenir (Wallerstein, 1974).

8. Conclusiones

Las reflexiones de Wallerstein sobre los desafíos que plantea el estudio de las sociedades en dimensión diacrónica resultan tan provocativas como polémicas. Algunos de los postulados en que reposa su enfoque de los sistemas mundiales han generado numerosos debates, al igual que su concepción epistemológica de una ciencia social histórica que trasciende las fronteras disciplinarias. Sin embargo, aunque no se compartan los postulados de su modelo, difícilmente pueda rechazarse su reivindicación del papel que la teoría tiene en cualquier investigación científico-social, o la gravitación de un modelo teórico (implícito o explícito) en las explicaciones que dan cuenta de los cambios y permanencias de la vida colectiva. Su propuesta de unificar las ciencias sociales (entre ellas, la historia) genera toda clase de reparos, pero sus consideraciones sobre los aportes del abordaje histórico de las realidades sociales contribuyen, sin lugar a duda, a las discusiones historiológicas actuales.

Resulta discutible la afirmación de Wallerstein que solo el cambio estructural puede ser objeto de un análisis histórico de carácter científico-social. Lo mismo puede sostenerse con respecto a su caracterización del acontecimiento, que reproduce la concepción braudeliana clásica. Inclusi-

ve, su cuestionamiento radical a la sustancialidad de los agentes colectivos y de las unidades de análisis geohistóricas tradicionales puede motivar algunos reparos. Aún así, en esos cuestionamientos se constata una labor de desnaturalización y de historización de ciertas realidades que permite complejizar el uso de categorías que algunos investigadores adoptan sin temor.

En lo que atañe a su crítica al concepto metodológico tradicional de fuente histórica y a su análisis de las implicancias teóricas de la creación y del uso de registros, es preciso señalar que coincide con posicionamientos epistemológicos que generan un relativo consenso en las discusiones actuales sobre el saber histórico. Algo semejante sucede con relación a sus reflexiones acerca del problema de la objetividad y de la subjetividad del conocimiento histórico. Finalmente, sus reflexiones acerca de las múltiples dimensiones de la verdad histórica, así como de las diferentes tipologías que asumen las narraciones sobre el pasado, se hallan en consonancia con las conclusiones a las que arriban los impulsores de modelos distintos al de Wallerstein.

Bibliografía

- Barros, J. (2011-2014). Teoría da história. Petrópolis: Vozes, 4 tomos.
- Cardoso, C. F. (1997). Narrativa, sentido, história. Campinas: Papirus.
- Fontana, J. (2002). La historia de los hombres: el siglo XX. Barcelona: Crítica.
- Rüdiger, F. (2012). Paradigmas do estudo da história: os modelos de compreensão da ciência da história no pensamento moderno. Porto Alegre: Gattopardo.
- Munslow, A. (2007). Narrative and History. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Topolski, J. (1976). Swiat bez historii. Varsovia: Wiedza Powszechna.
- Wallerstein, I. (1974). The Modern World-System, I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century. Nueva York & Londres: Academic Press.
- Wallerstein, I., "The Tasks of Historical Science: An Editorial" en Review. A Journal of the Fernand Braudel Center, I, 1, 1977, pp. 3-7.
- Wallerstein, I., Hopkins, T. K. y otros (1982). World-Systems Analysis: Theory and Methodology. Beverly Hill: Sage.
- Wallerstein, I. (1991a). Geopolitics and Geoculture: Essays on the Changing World-System, Nueva York: Cambridge University Press.
- Wallerstein, I. (1991b). Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth Century Paradigms. Cambridge: Polity Press.
- Wallerstein, I. "The Challenge of Maturity: Whither Social Science?" en Review. A Journal of the Fernand Braudel Center, XV, 1, 1992, pp.1-7.
- Wallerstein, I. y otros. (1996a). Open the Social Sciences. Stanford: Stanford University.
- Wallerstein, I., "History in Search of Science" en Review. A Journal of the Fernand Braudel Center, XIX, 1, 1996b, pp. 11-22.
- Wallerstein, I., "Introduction: Nomothetic vs. Idiographic Disciplines: A False Dilemma?" en Review. A Journal of the Fernand Braudel Center, XX, 3/4, 1997a, pp. 277-278.
- Wallerstein, I., "Social Sciences and the Quest for a Just Society" en American Journal of Sociology, CII, 5, 1997b.
- Wallerstein, I. (1999). The End of the World As We Know It: Social Science for the Twenty-first Century. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Wallerstein, I., "Braudel and Interscience: A Preacher to Empty Pews?" en Review. A Journal of the Fernand Braudel Center, XXIV, 1, 2001, pp. 3-12.
- Wolf, D. (2019). A Concise History of History. Global Historiography from Antiquity to Present. Cambridge: Cambridge University Press.